

RESEÑA DEL LIBRO *EL PASILLO ESTRECHO* DE DARON ACEMOGLU Y JAMES A. ROBINSON, Deusto 2019

JORDI FRANCH PARELLA*

Los economistas Daron Acemoglu, profesor del Massachusetts Institute of Technology, y James A. Robinson, profesor de la Universidad de Harvard, cosecharon un notable éxito en el año 2012 con la publicación del libro *Why nations fail? The origins of power, prosperity and poverty*. En él, como su título indica, los autores analizan los motivos que llevan a unos países a prosperar y otros, en cambio, no. La principal tesis del libro es que la prosperidad o la pobreza de un país depende de las instituciones que lo rigen. No hemos de buscar las causas de las divergencias económicas en la geografía, climatología, religión o cultura, sino en unas instituciones inclusivas que sean respetuosas con el derecho de propiedad privada, garanticen la separación de poderes efectiva y posibiliten el funcionamiento de una economía de libre mercado. Unas instituciones que permitan a la mayoría de los ciudadanos desarrollar su talento, promoviendo la innovación y la inversión. Por el contrario, aquellas sociedades que desarrollan unas élites extractivas que se confabulan con la clase política, van a la deriva y emprenden un camino a la pobreza y la marginalidad. Este libro tuvo un notable éxito de crítica y de ventas. La lectura es muy interesante, prolija en curiosidades históricas. Adolece, en todo caso, de un cierto pleonasmo o machacona reiteración. Tanta que, en ocasiones, deriva al reduccionismo y determinismo institucional. Una teoría dual en la que en un extremo encontramos instituciones extractivas, donde una clase privilegiada se adueña del poder y explota al resto de la sociedad, y en el otro extremo instituciones inclusivas, donde la mayoría de la población puede acceder a los órganos de gobierno y la explotación está ausente o, en todo caso, muy atenuada. Pretender explicar toda la

* Facultad de Ciencias Sociales, UVic-UCC, Manresa. Email: jfranch@umanresa.cat

historia de la humanidad con el prisma único de la división entre instituciones inclusivas y extractivas es una tarea colosal y, en ocasiones, imposible. En clara contradicción con la tesis mantenida por Hoppe en *Monarquía, democracia y orden natural* (2001), Acemoglu y Robinson defienden una cierta centralización institucional capaz de ofrecer servicios públicos esenciales como la justicia, el cumplimiento de los contratos o la educación. También las instituciones extractivas son capaces de proveer estos servicios pero, en opinión de los autores, fracasarán en el medio o largo plazo por su incapacidad para desarrollar procesos sostenidos de innovación y emprender una senda de “destrucción creativa”. La innovación requiere creatividad y ésta necesita libertad, que los individuos actúen sin miedo, experimenten y determinen su camino con sus propias ideas, aunque no sea lo que a los demás les gustaría. Esto es difícil de mantener bajo el despotismo. Cuando un grupo domina al resto de la sociedad, las oportunidades no están abiertas a todo el mundo, y en una sociedad sin libertad, tampoco hay mucha tolerancia con los experimentos y los caminos alternativos.

Seguramente animados por el gran éxito de este libro, los autores han intentado repetirlo en *The narrow corridor* (traducido por Deusto como *El pasillo estrecho*), aunque ya sabemos que “segundas partes nunca fueron buenas” (salvo excepciones). La tesis de *El pasillo estrecho*, a lo largo de las 688 páginas, es que la libertad no es el orden natural de la humanidad. La libertad ha sido aplastada por la imposición y la fuerza en multitud de sociedades y épocas. Defienden que los Estados a menudo se exceden con su despotismo. Que, en ocasiones, nada ni nadie puede encadenar al Leviatán, que expande sus poderes irrestrictos. Sin embargo, los autores también sostienen que en otras ocasiones la debilidad del Estado es la que perjudica a la sociedad, dejando sin protección a los ciudadanos. En territorio intermedio de difícil equilibrio se encontraría la libertad, en un estrecho pasillo (de ahí el título del libro) donde tiene lugar una lucha constante e igualada entre el Estado y la sociedad civil. Una libertad que, en su opinión, sólo puede existir cuando un Estado suficientemente fuerte defiende los derechos de los individuos y cuando al mismo tiempo la sociedad limita de modo efectivo el poder del Estado y de las élites extractivas. A semejanza de *Why nations fail?*, Acemoglu y Robinson pretenden

ahora explicar la historia universal bajo 3 paradigmas posibles: Leviatán despótico, Leviatán ausente y Leviatán encadenado. Hay un claro paralelismo entre el Leviatán despótico y las instituciones extractivas, por un lado, y el Leviatán encadenado y las instituciones inclusivas. Los autores, sin embargo, son demasiado optimistas sobre la libertad que traen los Estados, aunque estén teóricamente encadenados. De hecho, están equivocados en un tema decisivo. El poder no hace lo que es correcto y ciertamente no lo hace por la libertad. La vida bajo el yugo del Estado también puede ser desagradable, brutal y corta. Los ejemplos del socialismo real son un testimonio atroz de ello. El “Gran Salto Adelante” era el programa de modernización lanzado por el presidente Mao Zedong en 1958 con el objetivo de transformar el país y pasar de una sociedad agraria rural a una industrial. El resultado fue un desastre humano y una tragedia económica de proporciones colosales y trágicas, todo planeado e implementado por el Leviatán, que tenía el poder de privar a un individuo de todo. El hambre fue una agonía prolongada y alrededor de 55 millones de chinos murieron de inanición. No había cereales, se comían todas las hierbas silvestres. Incluso se arrancaba la corteza de los árboles, se masticaba la arcilla que se excavaba o los excrementos de pájaros y ratas se usaban para llenar el estómago. Yang Jisheng escribe que los cadáveres de los muertos se convirtieron en comida para los desesperados. El canibalismo se generalizó. Y en China, ser un negador de la “Gran Cosecha” significaba estar sujeto a “sesión de lucha”, un eufemismo que significaba ser golpeado hasta la muerte.

EL LEVIATÁN AUSENTE

Los autores recuerdan los trabajos de la antropóloga Carol Ember, que documenta la alta tasa de conflictos en las sociedades cazadoras-recolectoras. Las contiendas eran frecuentes, con una guerra al menos cada dos años en dos tercios de las sociedades que estudió. La tasa de mortalidad causada por la violencia se estima en más del 500 por 100.000 personas, más de cien veces la tasa actual de homicidios en Estados Unidos, del 5 por 100.000. O más de mil veces la de Noruega, de alrededor del 0,5 por 100.000. Con esta tasa

de mortalidad, un habitante típico tenía una probabilidad del 25% de ser asesinado en un período de cincuenta años. La gran parte de estas muertes y masacres se debían a enfrentamientos entre grupos o tribus rivales. Sin embargo, la ausencia de estructuras de Estado no significa un estado de guerra continua. Ni mucho menos. Hay muchas sociedades sin Estado que a lo largo de la historia se las han arreglado para contener la violencia: desde los pigmeos mbuti de la selva del Congo a varias grandes sociedades agrícolas de África occidental, como el pueblo akan de las modernas Ghana y Costa de Marfil. El británico Brodie Cruickshank informó en la década de 1850 que “los caminos y las vías del país se volvieron tan seguros para el envío de mercancías y tan libres de obstáculos de cualquier descripción, como las carreteras más frecuentadas de los países más civilizados de Europa”.

Una foma de Leviatán ausente destacable son las comunas del norte de Italia que surgieron de manera gradual a finales del siglo IX y durante el siglo X, cuando los ciudadanos de las futuras ciudades-estado cuestionaron y depusieron la autoridad de sus gobernantes y obispos, que sustituyeron por cónsules escogidos de todas las clases sociales y creando en su lugar sistemas de autogobierno republicano. Inventaron la letra de cambio, el seguro mercantil, relajaron la prohibición de cobrar intereses bajo la rígida interpretación de las Sagradas Escrituras (“dad prestado sin esperar retorno”) y surgió la *commenda* como forma contractual entre dos personas donde una aportaba el capital y la otra llevaba a cabo el trabajo. Leonardo Fibonacci, un italiano de Pisa, facilitó los cálculos financieros con la adopción del sistema numérico árabe en 1202. Y el fraile franciscano Luca Pacioli sistematizó la contabilidad por partida doble con la obra *Summa de arithmetica, geometria, proportioni et proportionalita* (Venecia, 1494). La revolución comercial tuvo lugar al mismo tiempo que un crecimiento económico considerable y también estimuló la innovación fuera del sector financiero. En 1330, un tercio de las treinta ciudades más grandes de Europa eran comunas italianas, y la más poblada de ellas era Venecia, con 110.000 habitantes, seguida por Génova y Milán, ambas con 100.000. En ese momento, Siena tenía una población de 50.000 habitantes. Sólo París y Granada contaban con poblaciones más grandes. El catastro florentino de 1427 sugiere que 7 de cada 10

varones adultos sabían leer y escribir, una cifra muy alta para la época. En el siglo XIV, Italia era el mayor productor de libros de Europa occidental, con un 32% del total y tenía el 39% de las universidades europeas, más que cualquier otro país. Los avances tecnológicos también fueron notables, con la generalización del timón en los barcos, la producción de las primeras gafas y el primer molino textil mecanizado para producir tela de seda. Sin disponer de contactos, monopolios o ayuda del gobierno, el contexto institucional de las comunas italianas permitía que personas de origen muy pobre y humilde como Francesco di Marco Datini hiciesen una gran fortuna. Otros ejemplos ilustres son el de san Goderico y Pietro di Bernardone, padre de san Francisco de Asís.

EL LEVIATÁN ENCADENADO

Acemoglu y Robinson recurren al efecto de la Reina Roja, del escritor británico Lewis Carroll, como metáfora de la lucha entre el Estado y la sociedad civil. Si la sociedad se relaja y no corre lo bastante rápido para seguir el ritmo del poder creciente del Estado, el Leviatán puede convertirse con rapidez en un déspota. Se requiere la competencia de la sociedad para mantener al Leviatán bajo control. Pero para los autores también es necesario que el Leviatán siga corriendo para expandir su capacidad, resolver disputas y hacer cumplir las leyes. Solón, en el año 594 a.C., fue un gran reformador de la Atenas clásica al ser nombrado arconte durante un año. Sus reformas pretendían crear un equilibrio entre ricos y pobres. Sin embargo, Pisístrato fue el tirano que sucedió a Solón y es famoso por la astuta forma en que acabó con las instituciones políticas atenienses. En una ocasión se hirió a propósito y engañó a los ciudadanos para que le permitieran tener una guardia armada para protegerse, que luego usó en beneficio propio para hacerse con el control de Atenas. En el templo de Delfos estaban grabados en piedra unos proverbios fundamentales de la sabiduría griega: “conócete a ti mismo” y “nada en exceso”. El concepto de *hybris* como desmesura y orgullo del gobernante fue contrarrestado por la institución del “ostracismo”. Condenar al ostracismo significaba desterrar de Atenas durante diez años al tirano que se había

excedido. Poner límites efectivos al poder del Leviatán ha sido siempre una de las preocupaciones fundamentales del liberalismo.

En ocasiones, como en la sociedad *tiv*, las normas sociales ampliamente respetadas impiden la aparición de cualquier jerarquía política. Los *tiv* tenían jefes, pero su papel era la mediación y el arbitraje en la resolución de conflictos y no existía la posibilidad de que surgiera un gobernante con la autoridad suficiente como para imponer al resto su voluntad. Conseguir encadenar al Leviatán nunca puede darse por supuesto ni es tarea fácil.

La limitación del poder del Leviatán ha sido siempre una de las máximas preocupaciones del liberalismo. La inercia propia del Estado es la de un crecimiento continuo e ilimitado. La limitación temporal del gobernante en el poder no es efectiva para frenar el crecimiento del Estado. Naturalmente, las propias palabras del gobernante en cualquier sentido limitador carecen de valor. En un discurso el 10 de febrero de 1933 en el Palacio de los Deportes de Berlín, Hitler afirmó: “Dadnos cuatro años y os prometo que, tal como nosotros, tal como yo he asumido este cargo, lo abandonaré. No lo he hecho por el salario ni por las ganancias, lo he hecho por vosotros”. Sin embargo, en un discurso anterior, el 17 de octubre de 1932, Hitler ya había declarado: “Si algún día llegamos al poder nos aferraremos a él y no les permitiremos que nos lo quiten de nuevo”. En la convocatoria de elecciones en que Hitler se convirtió en canciller, su futuro ministro de propaganda Joseph Goebbels anunció: “Preparad la campaña electoral. Será la última”.

Y la peligrosa y resbaladiza pendiente hacia el Leviatán despótico siempre está presente. En 1300, al menos la mitad de las ciudades italianas que habían sido comunas estaban bajo un mando despótico. Despotismo elitista o despotismo popular. En Ferrara, la élite restringió drásticamente la participación popular en los consejos y se suspendieron los gremios y las confraternidades. Los nuevos señores habían empezado a mandar. Pero el *Popolo* respondió ante esta insidiosa y poderosa élite. El proceso empezó en Plasencia en 1250 cuando, bajo el liderazgo del *Popolo*, Uberto de Iniquiate fue elegido *podestà*. En principio por un año, pero pronto se extendió a cinco años. Y se estipuló que, si moría, su hijo asumiría el cargo. Esos acontecimientos eran comunes. Uberto Pallavicino recibió cargos de *podestà* vitalicios en Vercelli, Plasencia, Pavía

y Cremona. Las comunas estaban condenadas a causa de los conflictos que no podían contener. Desapareció la confianza de la gente en que las instituciones podrían trabajar en su favor y proteger sus intereses, lo que hizo más atractivo volverse hacia un líder y un movimiento autoritarios que afirmaban preocuparse por los intereses del pueblo... siempre que fueran instalados en el poder y se eliminara cualquier traba a su poder autocrático.

EL LEVIATÁN DESPÓTICO

Limitar el poder del Estado no es fácil ni puede darse por supuesto. La inercia del Estado a romper cualquier costura que impida o moleste su crecimiento y la consecución de los fines de los gobernantes es observable tanto en la actualidad como en todas las épocas y lugares. Mahoma construyó los fundamentos de un Leviatán despótico en Arabia en el siglo VII, cuando sólo existían tribus nómadas en el desierto. Shaka explotó con éxito su acceso a la jefatura de los zulúes, en el sur de África, para poner en marcha la creación de un ejército mucho más poderoso y ampliar el poder del Estado y su propia autoridad, debilitando al mismo tiempo las normas diseñadas para contener su ambición. Y en Hawái, en pleno océano Pacífico, Kamehameha logró utilizar la tecnología de la pólvora para vencer a sus rivales y construir un Estado unificado y despótico, algo distinto a todo lo que hasta entonces había vivido la isla. Este sistema extractivo culminó con el Gran Mahele de 1848, cuando el rey Kamehameha III adoptó una radical distribución de las tierras. El resultado fue que un 24% de las tierras de las islas se convirtieron en propiedad privada del rey. Otro 36% fue a parar al gobierno y se destinó el 39% a 252 jefes, lo que dejó menos del 1% al resto de la población.

Otro ejemplo es la China de la dinastía Song, que alrededor de 1090 consiguió el nivel de vida medio más alto del mundo. En opinión de los autores, este logro de la dinastía Song muestra el poder de crecimiento del Leviatán despótico, en especial en una era en la que la tecnología era simple comparada con los estándares modernos y podía ser guiada por el Estado. Pero no fue duradero. El crecimiento despótico nunca lo es. La dinastía Yuan que sucedió a la

Song desvirtuó el funcionariado meritocrático, introdujo un sistema de empleo hereditario, recortó oportunidades e incentivos económicos y dio marcha atrás en el comercio y la industria. El retroceso se completó con el acceso de los Ming al poder. China quedaba por detrás de Europa. La transición de los Ming a los Qing dio lugar a un caos aún mayor, que incluyó la imposición de la prohibición marítima en 1662 restringiendo el comercio de manera severa. El derecho a comerciar se concedía a un monopolio llamado Cohong. Y no sólo funcionaba así el comercio internacional, sino que las minas de cobre de Yunnan se organizaron del mismo modo. En general todas las dinastías chinas temían que la actividad económica desestabilizara el *status quo*. Éste era el motivo por el que las autoridades chinas eran reacias a las nuevas tecnologías. En la década de 1870, una empresa británica construyó la primera vía de ferrocarril de China, la línea Wusong, que unía el puerto de esta ciudad con Shanghai. Fue adquirida por el gobierno de los Qing y destruida. Esta hostilidad hacia las nuevas tecnologías tuvo consecuencias naturalmente muy negativas.

El rey Leopoldo de Bélgica surgió como el verdadero vencedor de la Conferencia de Berlín de 1884, en la que el continente africano fue dividido entre los poderes europeos. Prometió controlar el “Estado Libre del Congo” con fines humanitarios y filantrópicos. Lo que siguió fue un genocidio. Leopoldo dirigía el país como su propiedad personal y explotó sus recursos, el caucho natural, que era muy demandado antes de que el sintético lo sustituyera en la década de 1930. Imponía exigentes cuotas de caucho a los trabajadores y lo hacía con una violencia salvaje, mutilando los brazos de los trabajadores que no alcanzaban sus cuotas y con asesinatos en masa. Algunas estimaciones sitúan la pérdida de población durante el gobierno de Leopoldo en hasta 10 millones de una base de población de 20 millones.

El exceso de regulación y la emisión de decretos gubernamentales es un medio seguro que tiene el Estado para socavar el imperio de la ley o el *rule of law*. Eduard Shevardnadze ascendió al poder en Georgia después del colapso del comunismo en la Unión Soviética. Decretó que todos los conductores de taxis tenían que pasar un examen médico diario para tener la certidumbre de que no estaban borrachos y no tenían la presión sanguínea alta. Si un conductor no

presentaba su certificado de salud, se arriesgaba a perder la licencia. El gobierno de Shevardnadze no sólo fijó su atención en los conductores de taxis, sino también en todos los puestos callejeros de pequeños comerciantes y todas las gasolineras. De hecho, esas regulaciones y miles de parecidas nunca fueron pensadas para ser implementadas. Al crear la regla, el Estado creaba de inmediato un pretexto para perseguir a toda la flota de taxistas y éstos tenían que pagar sobornos. Lo mismo sucedía con los pequeños comerciantes y las gasolineras. Shevardnadze estableció un sistema para que los ciudadanos estuvieran obligados a quebrantar la ley, e hizo que la policía tuviera dinero fácil al alcance de la mano. El quebrantamiento de la ley se convertía en inevitable y se creaba un sistema que alentaba la corrupción. El motivo era controlar la sociedad, ahora siempre culpable de quebrantar la ley. Se podía evitar la aplicación de la ley pagando un soborno, pero el Estado siempre podía actuar contra el ciudadano en cualquier momento. Este plan también controlaba a los funcionarios del Estado, otro grupo potencialmente poderoso. Aceptar sobornos era ilegal, de modo que si quisiera, el Estado también podría actuar contra ellos. También se produjo la privatización al estilo soviético, vendiendo activos empresariales a las élites poderosas y extractivas, creando una serie de monopolios. Y el gobierno aprobó una ley que prescribía que cada coche tenía que llevar un tipo específico de extintor, uno que importaba de manera exclusiva un pariente del ministro del Interior. La misma familia de Shevardnadze vendía electricidad producida por el Gobierno de manera extraoficial consiguiendo un importante beneficio. Obviamente, el Leviatán despótico no consiguió crecimiento económico ni la mejora de los estándares de vida medios en Georgia. La perversión del carácter noble y primigenio de la ley como una norma de carácter abstracto de aplicación universal es realizada por el Estado en la búsqueda de sus intereses particulares. El Estado instrumentaliza la ley y la degrada a simple decreto gubernamental o decreto-ley. Hayek analiza este fenómeno en su obra *Derecho, legislación y libertad*.

En Argentina, Mauricio Macri despidió en 2015 a 20.000 trabajadores fantasma del gobierno contratados por Cristina Fernández de Kirchner, gente que en realidad no aparece por el trabajo pero que cobra su sueldo. El expresidente brasileño Getulio Vargas

decía: “Para mis amigos, todo; para mis enemigos, la ley”. Esa arbitrariedad legal permite a la élite política utilizar las instituciones del Estado para reprimir a la oposición mientras se enriquece a sí misma, quedándose con tierras de otros, concediendo monopolios a amigos y saqueando directamente al Estado. En 2016, en algunos ministerios de Colombia, el 60% de los empleados eran “personal provisional”, reclutados fuera de las reglas meritocráticas y muy probablemente contratados por medio del clientelismo. Samuel Moreno fue alcalde de Bogotá entre 2008 y 2011. Con su hermano Iván crearon un gobierno a la sombra, generalizando las mordidas en todas las concesiones públicas. Con frecuencia llegaban al 50% del valor del contrato. La joya de la corona de las mordidas fue el contrato para gestionar el sistema de transporte público integrado de la ciudad, que transporta a millones de personas al día. Simón Bolívar, el libertador de América Latina, ya subrayó que las élites colombianas en realidad ni conocen ni comprenden el país que afirman estar gobernando y saqueando. El presidente colombiano del siglo XIX, Miguel Antonio Caro, no salió de Bogotá en toda su vida. De 18.500 kilómetros de carreteras en 1945 sólo 613 kilómetros, ninguno pavimentado, estaban en los territorios periféricos que conforman tres cuartas partes de la superficie de Colombia. La sociedad colonial era una jerarquía institucionalizada con los españoles en lo alto y los indígenas y esclavos negros en lo más bajo. Con el tiempo, las élites españolas se volvieron nativas de Latinoamérica y fueron conocidas como criollos. Simón Bolívar era uno de ellos. Y con el mestizaje se creó un elaborado sistema de castas para identificar quién era superior a quién. El Leviatán despótico y las instituciones extractivas, la dominación y la desigualdad todavía son evidentes hoy día.

OTRAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS

El libro de Acemoglu y Robinson, *El pasillo estrecho*, puede considerarse la segunda parte de *Por qué fracasan los países*. El Leviatán encadenado no es más que la culminación de las instituciones políticas inclusivas, mientras que el Leviatán despótico lo es de las instituciones extractivas. El Leviatán encadenado depende fundamentalmente,

en opinión de los autores, del efecto de la Reina Roja, esto es, la capacidad de la sociedad civil para limitar, controlar y enfrentarse al Estado y a las élites políticas. Aunque, en ocasiones, el Leviatán despótico puede promover cierto desarrollo a corto plazo, fracasa con seguridad a medio y largo plazo. Y es que la innovación no depende de solucionar problemas existentes, sino de imaginar los nuevos. Esto requiere autonomía y experimentación y un entorno institucional que garantice la apropiación privada de los beneficios futuros. Se puede ordenar a los individuos que trabajen mucho, pero no se les puede ordenar que sean creativos. La creatividad es el ingrediente clave para la innovación y depende de que gran número de individuos experimenten de maneras distintas, rompan las reglas, unas veces fracasen y otras tengan éxito. Y esto no se puede conseguir sin libertad. Con un Leviatán despótico, es mejor no experimentar. Ir contra las ideas sancionadas por el partido dominante o amenazar el poder de las élites se paga muy caro. En ocasiones, con la vida.

Explicar la historia de la humanidad en términos de Leviatán despótico, ausente o encadenado es una tarea desalentadora. Identificar el fracaso con el Leviatán despótico (o ausente) y el éxito con el Leviatán encadenado puede ser una tautología, si nos dicen que el Leviatán despótico es aquel que bloquea el crecimiento y el Leviatán encadenado el que lo alienta. Carecer de una definición *ex-ante* hace incurrir a los autores en un vicio de razonamiento circular y en sesgos de selección. Los autores se limitan a elegir y describir unas circunstancias históricas concretas que encajan con sus ideas previas. Pero ello no siempre es así. En la etapa imperial de la antigua Roma, la forma de gobierno era despótica y las instituciones extractivas. Sin embargo, el régimen no colapsó hasta mucho más tarde y cosechó éxitos importantes. El norte de Italia es un bastión industrial desarrollado. Sin embargo, el sur de Italia está mucho más atrasado y depende en gran medida de las subvenciones públicas que recibe. Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, de España. Sin embargo, tanto España como Italia tienen las mismas estructuras de Estado. Tanto para los territorios del norte como para los del sur. La importancia de las distintas políticas económicas aplicadas dentro de unas mismas estructuras de coerción institucionalizada tiene un peso decisivo para explicar unos resultados u otros. Sin embargo, Acemoglu y Robinson no lo consideran. Lo mismo puede decirse de la importancia de los procesos de

competencia empresarial e institucional, ausentes en el libro. Tanto Jared Diamond en *Guns, germs and steel* (1997) como Eric Jones en *European Miracle* (1987) subrayan la importancia de que Europa no haya conseguido una unificación política y que la competencia institucional haya promovido el desarrollo y la innovación, dentro de un mercado crecientemente integrado. Luego, la clave para la prosperidad sería la desintegración política junto a la integración económica, y no las tesis mantenidas por Acemoglu y Robinson.

Alemania ha acreditado un buen desempeño social y económico, tanto bajo formas de Leviatán despótico como de Leviatán encadenado. En lugar de poner la atención en la forma de Estado, quizás se trate entonces de ser alemán (o no). Acemoglu y Robinson se centran en las naciones-estado, olvidando que en la era moderna las instituciones transnacionales se han vuelto cada vez más importantes. Si queremos entender el pasado y proyectarnos al futuro no podemos ignorarlas. De la Unión Europea a las Naciones Unidas, de las corporaciones multinacionales a las instituciones no gubernamentales transnacionales, todas son una parte cada vez más importante del orden mundial. Y, por último, la crisis actual, con el shock de oferta del coronavirus, encuentra Estados con brutales excesos de deuda. En el pasado, el conflicto por el pago de la deuda siempre ha tenido importantes consecuencias. La deuda es altamente extractiva hacia las generaciones futuras. Y el desafío causado por la pandemia vírica muy probablemente generará Estados más despóticos y más coercitivos. El Leviatán siempre ha aprovechado las guerras y las crisis para aumentar su control y el dominio sobre la sociedad. Pero de ello nada nos dicen Acemoglu y Robinson.